

Nº34.

14. NOVIEMBRE

1926

PÁGINAS

EXTRAORDINARIAS

DE

El Día Gráfico.

LOS GRANDES CUADROS
DE LOS
MUSEOS ESPAÑOLES.

*La familia de Carlos IV, cuadro
de Goya, en el Museo del Prado.*



(2) N. Portugal. Archivo, J. Laurent, C. Madrid.

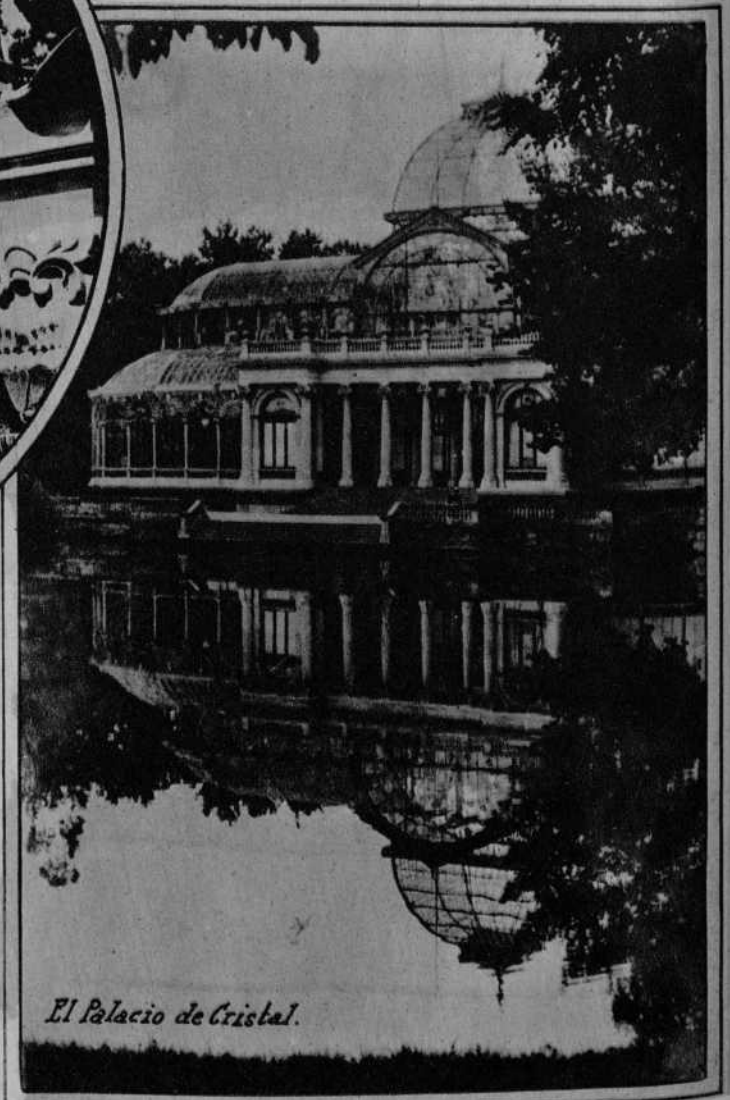
*El
estanque
del
Retiro
de
Madrid.*



*El monumento al Rey Alfonso XII
erigido junto al lago.*



*Uno de los
embarcaderos.*



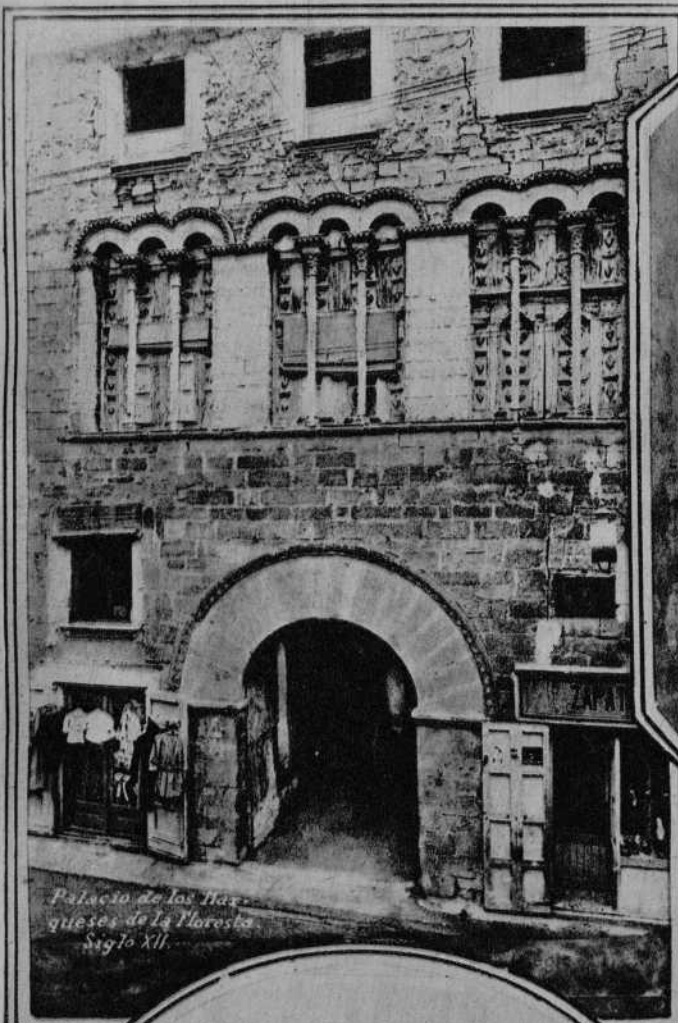
El Palacio de Cristal.

*Constituye el mas poderoso atractivo
del señorial Retiro madrileño, su be-
llo estanque, al que el soberbio monu-
mento a Alfonso XII presta una no-
ta de distinción cortesana y en
cuyas orillas se levanta el Palacio
de Cristal, albergue de exposiciones
de arte.*

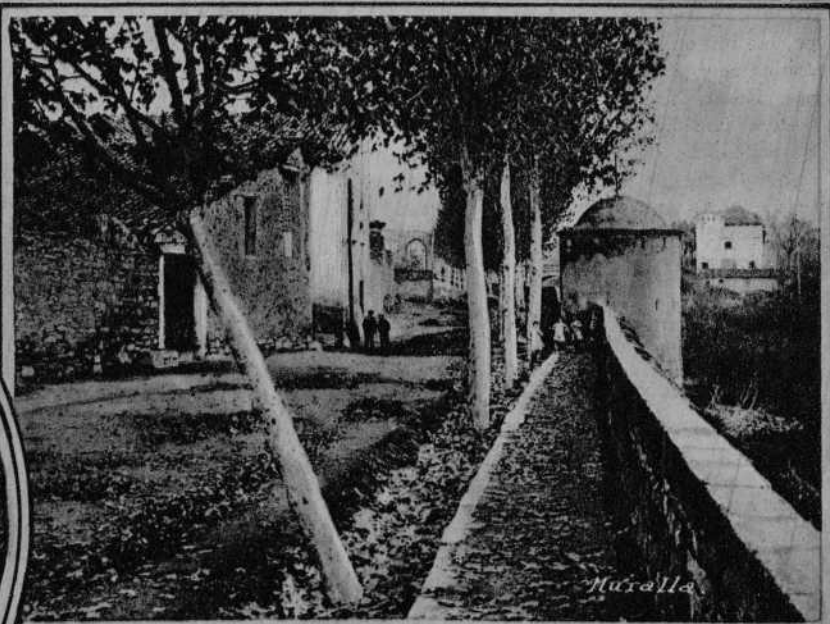
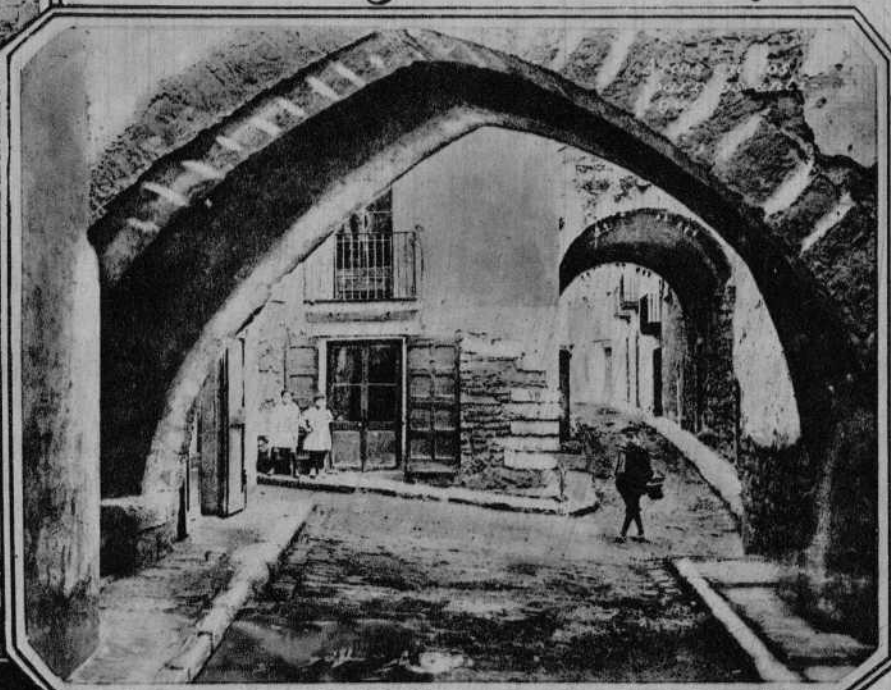
(Fots. Vidal y P. Cano Barranco).



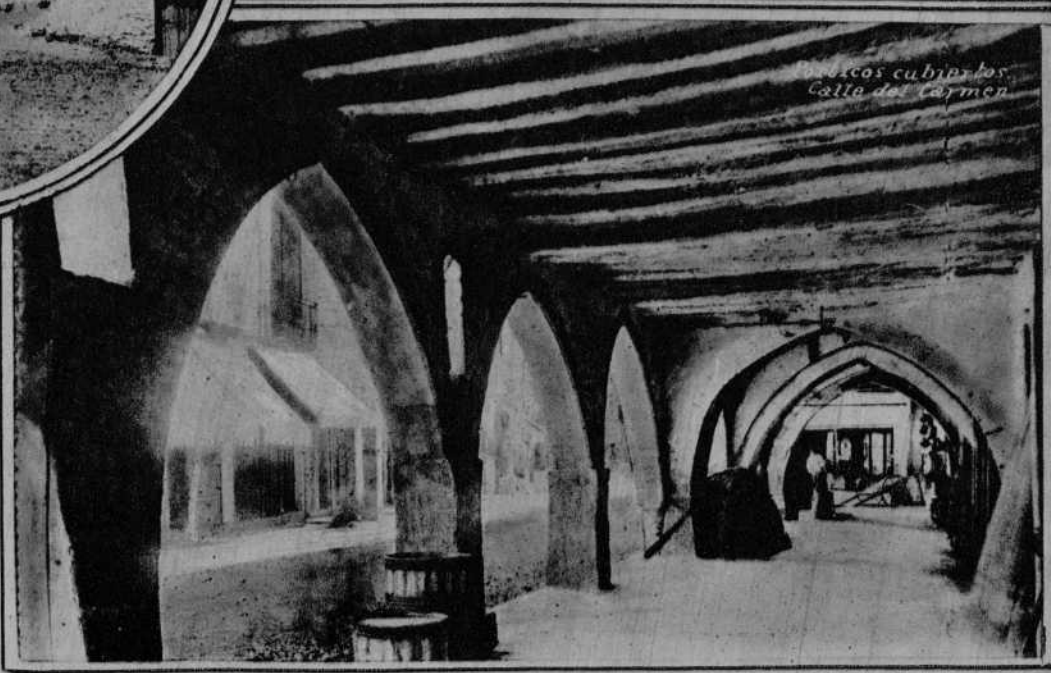
Tarrega la vieja.



Palacio de los Marqueses de la Morisca
Siglo XII.



Muralla



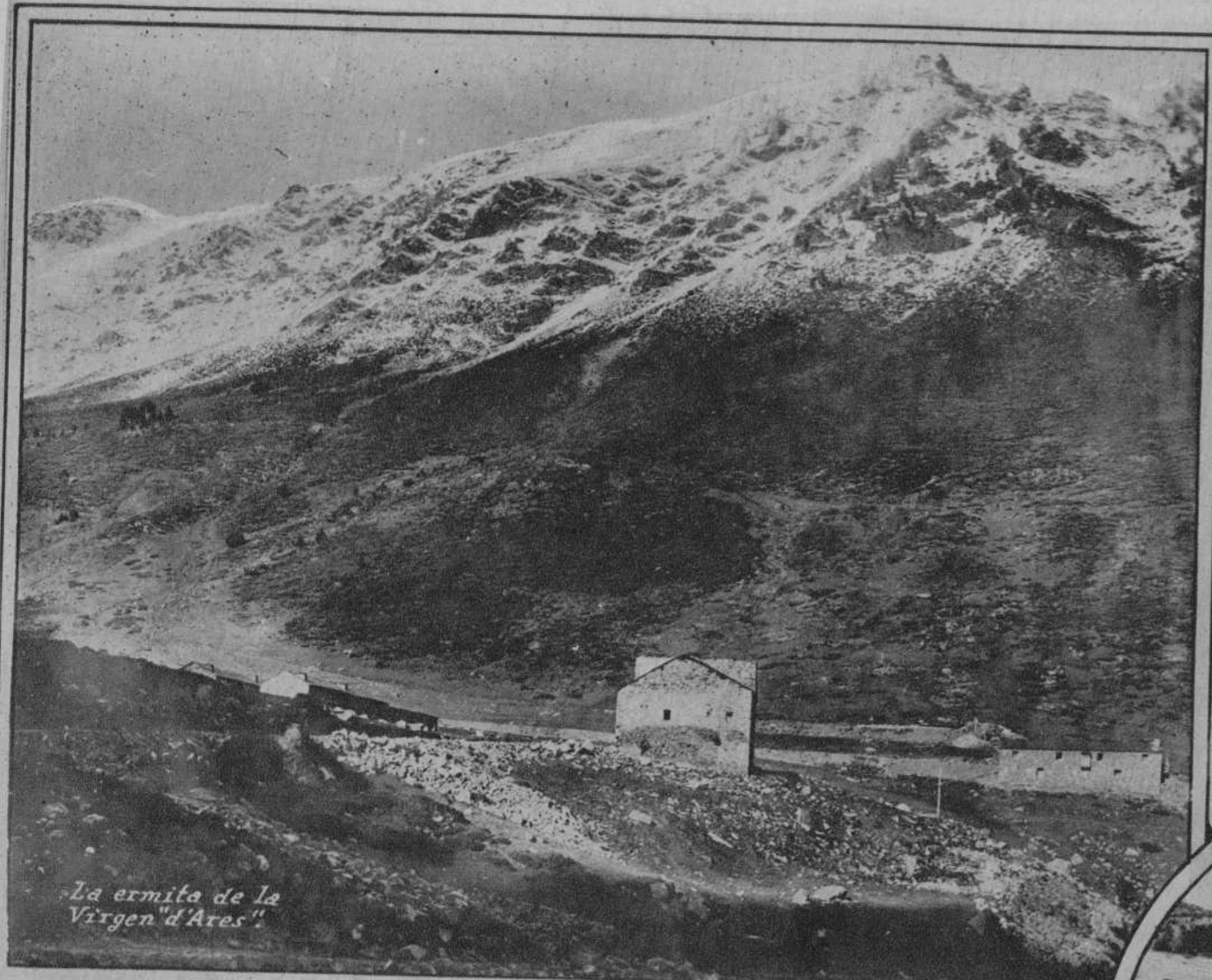
Arco cubierto
Calle del Carmen

La vetusta Tarrega, el histórico municipio de Roma, que en 1061 el conde Ramón Berenguer arrebató a los moros, conserva las trazas de su pasada grandera en sus típicas calles, en sus edificios y en los restos de sus antiguas fortalezas.

(Fots. Roisin)



El "Port
de la
Bonaigua".



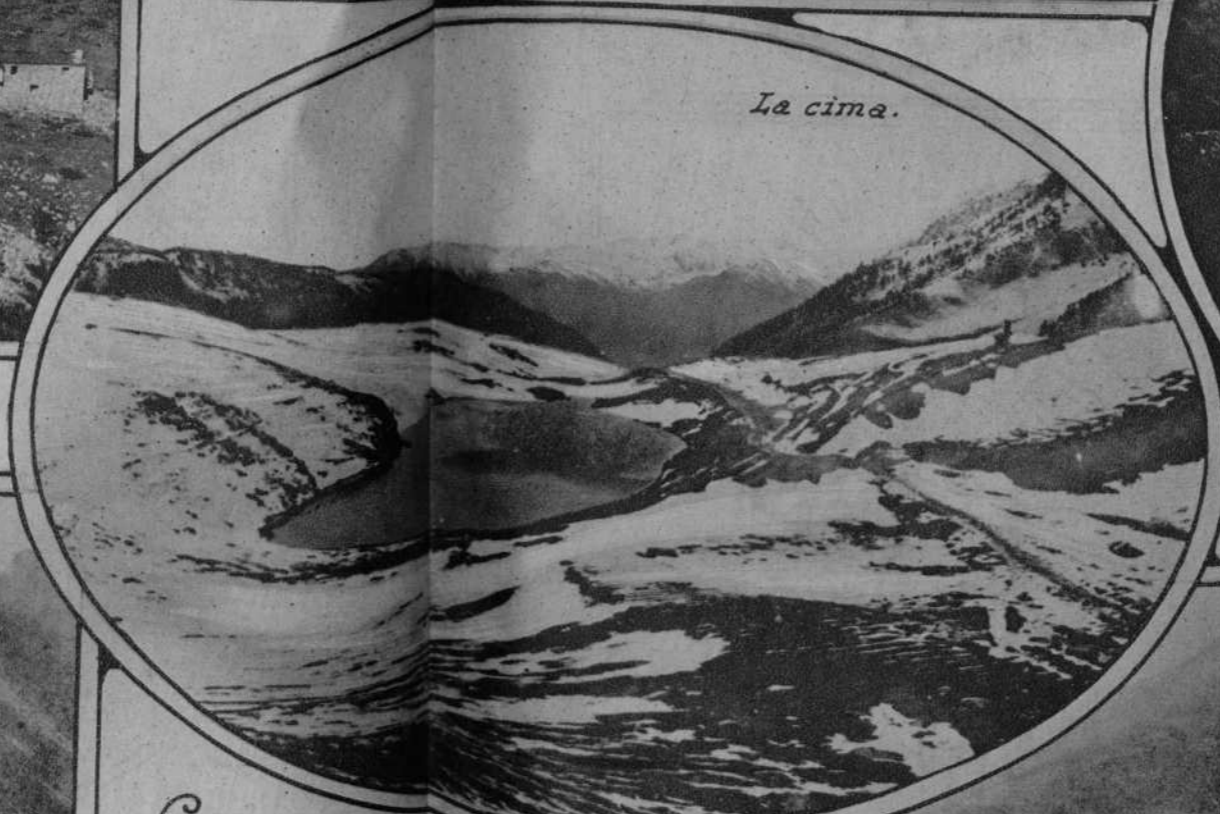
La ermita de la
Virgen "d'Ares".



La Cruz del
Puerto.



Las crestas del
Puerto.



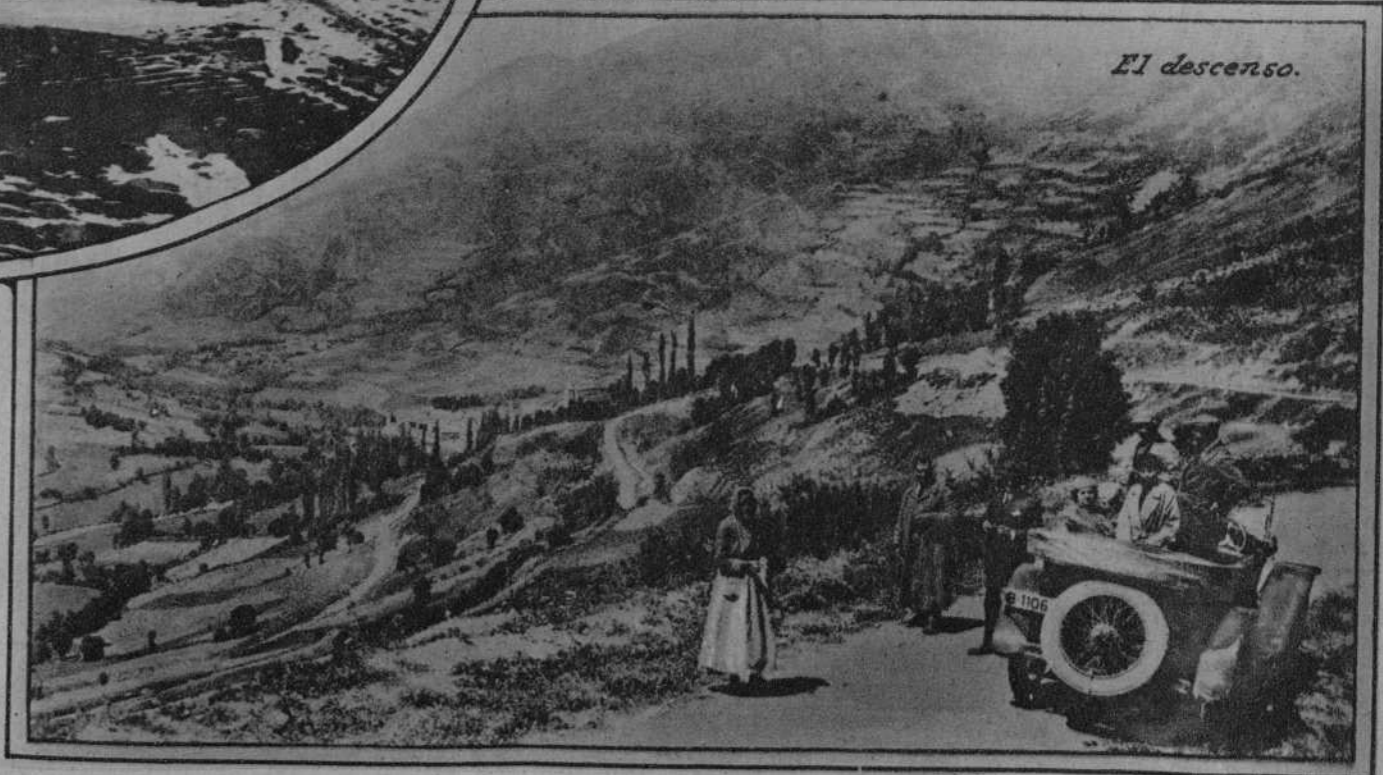
La cima.



Camino de sub-
ida al Puerto.

El acceso al valle de Aran, difícilísimo en invierno, tiene por único camino el del Puerto de la "Bonaigua" que serpenteando por los abruptos cerros pirenaicos, se eleva hasta los 2000 metros de altura, bordeando precipicios y atravesando bosques de abetos para atravesar la sugestiva región de las nieves perennes y de los lagos de leyenda. Ya en la vertiente opuesta, se ofrece al viajero con toda su esplendor, el valle de Aran, pintoresco y grandioso.

(Fots. Gordo y Thomas).



El descenso.

*Las bellas imágenes
catalanas.*



*La Virgen
de Queralt.*



*Virgen del "Remei"
de Cornellá del
Llobregat.*



*Virgen de
Santiga.*



*La Virgen de
Collbàs.*

(Robt. Casañas)

*Montpeller, la ciudad
de la tradición médica.*




*La facultad de Medicina
de Montpellier, siete veces
centenaria.*



*Un famoso estudiante
de la facultad de Mont-
peller, o el gran Rabeles.*



*La estatua de Luis XIV
y el castillo de las aguas en
el parque de Montpellier.*



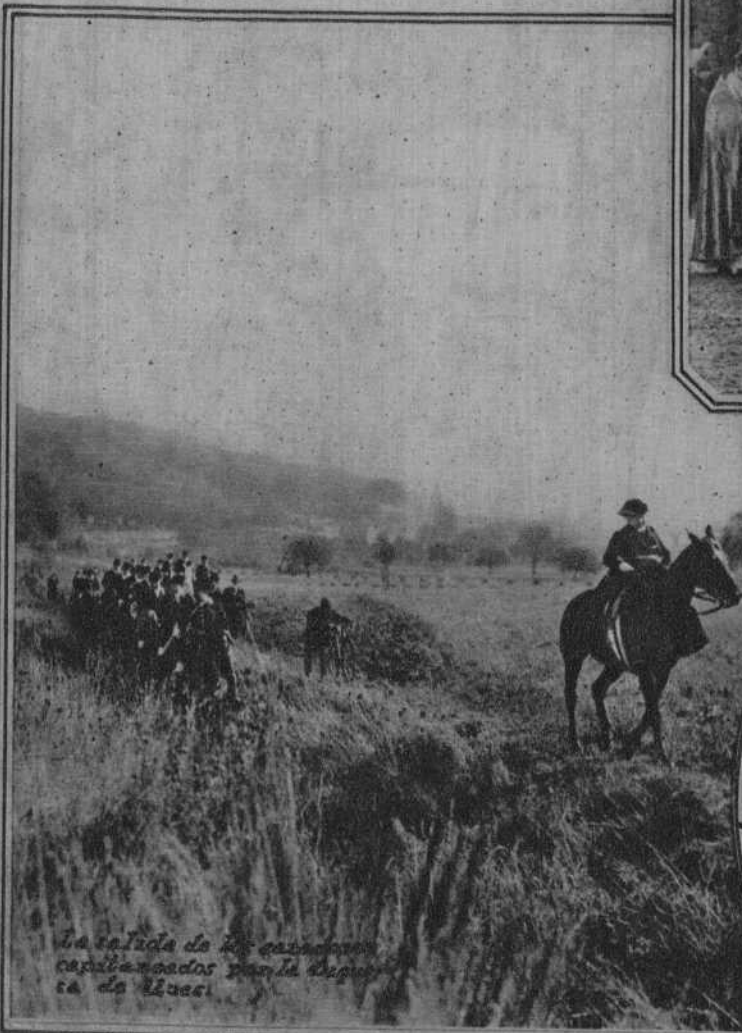
*En otro lugar pu-
blicamos un arti-
culo de nuestro
colaborador, Adol-
fo Falgairolle so-
bre las Jornadas
Médicas de Mont-
peller. Sigue, pues,
la gran tradición
de Montpellier, la
ciudad languedo-
ciana, "pequeña y
bonita."*



*La solemne apertura.
en Francia
de las cacerías a
caballo*



*La bendición de
la jauría.*



*La salida de los cazadores
capitanes por la duquesa
de Uzès.*



*La misa de las
amazonas, antes
de partir para
la cacería.*



*La ceremonia religiosa
antes de la caza, en el pa-
tio del castillo de Sordes,
de la duquesa de Uzès.*

Cada año, en los campos de Compiègne, para San Huberto, se celebra la ceremonia del comienzo de las cacerías ecuestres. La duquesa de Uzès, ha conservado todo el viejo protocolo aristocrático de la antigua cetrería: la bendición de la jauría, la misa de las amazonas, la trompetería ritual, y los jinetes parten, a correr el ciervo...

(Fots. Consorcio, Meurisse y Henri Manuel.)



La señorita Rosario

Novela corta, original de FRANCISCO CARAVACA

I

Quando don Anselmo se encontraba en el apogeo de su esplendor mercantil, es decir, cuando sus negocios marchaban viento en popa y había logrado crear un hogar santificado por la mansedumbre del amor y del trabajo, tuvo la desdicha de quedarse viudo, lo cual trajo consigo, aparte de la gran pérdida de aquella buena y honesta compañera, algunos pequeños trastornos en la vida de don Anselmo, que, desde luego, vióse obligado a dejar sus asuntos de aquella población del Norte de Andalucía para trasladarse a Madrid, en compañía de su hija Rosario, que contaba a la sazón unos doce años, y era una bellísima muchacha.

Don Anselmo, aunque no rico, era sí lo suficiente para poder trasladar sus negocios bancarios a la Corte, y poderse instalar, si no con lujo, sí con cierto desahogo.

Y en efecto; así lo hizo. Sus valiosas relaciones y su experiencia y seriedad en el mundo de los negocios, le encumbraron prontamente, convirtiéndole en pocos años en una de las primeras firmas bancarias de España, amén de una crecida fortuna.

Ya en estas condiciones, huelga manifestar que los salones del ricacho eran el lugar de reunión de lo más encopetado de la sociedad, y en los cuales brillaba esplendorosamente la belleza morena de Rosario, que se había transformado en una mujer de agradabe trato, y a la que cortejaban toda una turba de jacarandosos pretendientes, más atentos al caudal del padre que a las dotes naturales de la hija. Rosario era lo que se llama un buen partido.

Por este tiempo fué cuando la fatalidad, que hasta entonces no había llamado a las puertas de aquella casa, vino a presentarse de improviso, en la figura, un tanto grotesca, de un desalmado, de un hombre vividor, sin oficio ni beneficio que, de una manera artera y ladina logró cautivar el corazón de la hermosa señorita de los Ríos.

Este sujeto era un emigrado americano, un pseudo-poeta de baja extracción que, merced a las buenas relaciones que le habían facilitado el acceso a los aristocráticos salones del banquero, se había adentrado con la halagüeña idea de cazar una rica heredera; ese torpe ideal de algunos seres mediocres que, habiendo ya traspuesto el lindero de la llamada primera juventud, y viendo aparecer en sus cabellos los primeros y desconsoladores hilos de plata, tratan de ganar en una hábil partida todo lo que en una vida de inutilidad y estériles esfuerzos no lograran conseguir.

El gesto doliente, ese desenfado tedioso, propio de los seres dotados de abulia y amargor de la vida, que para ellos fué cruel, produjo profunda impresión en el sencillo corazón de la señorita Rosario que, insensiblemente, fué dando oídos a los madrigales del caballero, dichos siempre en un deplorable lirismo, pero que a los ojos de la joven tenían un hondo efectismo de grandeza y elevación imponderables.

Como suele suceder en estos casos, los acontecimientos caminaron tan deprisa como si cabalgaran en el corcel de la fantasía; y alguien afecto al buen nombre y a la dignidad de don Anselmo, hubo de poner a éste en guardia de la novedad.

Don Anselmo, como es natural en todo hombre que se debe a sus negocios, y que, por otra parte, tiene fe en cuantos le rodean, no se había percatado de nada de lo que ocurría. Tenía puesta toda su confianza en aquella hija, que era el legítimo orgullo de su existencia, y su fe en esta criatura le llevaba hasta el extremo de no poderse imaginar que la señorita Rosario pudiese desmentir la honradez de su nombre.

Pero como el sujeto en cuestión no tenía en sí nada de tranquilizador, el buen padre hubo de llamar a capítulo a su hija.

Esto sucedía algunos días después de aquella tarde que en el Casino—donde don Anselmo solía ir casi todos los días—, su íntimo amigo don Fernando Ruíz, le dijera muy confidencialmente:

—Mire, don Anselmo: la amistad que nos une desde hace varios años, me da autoridad para prevenirle a usted, como padre que soy también.

—¿De qué?—pregunto alarmado don Anselmo.

—Ignoro si mis prevenciones son más o menos infundadas, amigo mío; pero es el hecho que yo las tengo, y a tal efecto me obligan a participárselas. Ello, al fin y al cabo, no importa: de todos modos nunca está de más en un padre el ser prevenido... Nunca son bastantes las precauciones que hay que adoptar cuando se quiere asegurar la dicha de nuestros hijos...

—¡Pero! ¿De qué se trata? ¡Hable usted hombre de Dios!—insistió don Anselmo, algo amoscado.

—De Rosario, de su hija—respondióle el amigo—. Mi esposa me ha hecho observar que ese sujeto americano que, desde hace algún tiempo asiste a las reuniones de su casa, asedia completísimamente a su hija. Ella es cierto: he tenido ocasión de confir-

marlo por mis propios ojos en la última vez que estuve en su casa. Posteriormente he visto a su hija de usted, por la calle, al lado de ese hombre. Y...

—Bien—atajóle don Anselmo—. Hasta aquí no veo otro mal, sino que Rosario nada me haya dicho de ese noviazgo. Pero, ¿qué mal puede haber en ello, mi querido don Fernando?...

—¡Como se conoce que usted ignora quién es ese caballero que hace la corte a su hija! ¿Verdad?...

—Sí; en efecto: lo ignoro. Hace algún tiempo me fué presentado. Parece persona educada... ¡yo, francamente! Desconozco su vida... ¿Sabe usted algo que no diga en su favor?...

—¡Naturalmente!... Ese es un cazadotes, un pobre diablo, tan mal poeta como holgazán de profesión... ¡Una verdadera desdicha!...

—Bien, bien. La cosa varía. Yo le agradezco su advertencia, y hoy mismo hablaré con mi hija sobre ese particular, y si es preciso cerraré mis puertas a ese hombre.

No obstante, don Anselmo, que era un hombre prudente, incapaz de perjudicar a nadie en su reputación, no se dió por convencido con las advertencias de don Fernando Ruíz, sino que quiso cerciorarse por sí mismo de la verdad de las mismas, antes de obrar a la ligera. Y con tal propósito, nada dijo a su hija, sino que aguardó a que Luis, que así se llamaba el americano, se presentase en la primera reunión.

Sucedieron las cosas tal como el espíritu previsor de don Anselmo tenía calculado, y aquella tarde pudo convencerse de que, en efecto, entre el poeta americano y su hija mediaba algo más que una simple amistad de sociedad.

Y aquella misma noche, después de terminada la cena, don Anselmo se retiró a su despacho e hizo llamar a su hija.

La señorita Rosario se presentó entre temerosa y confiada. El rostro ceñudo de su padre le impuso cierto temor, muy natural si se tiene en cuenta que don Anselmo había sido para ella algo más que el padre cariñoso y complaciente: el hermano y el amigo.

Y don Anselmo, sentado gallardamente en su sillón frailuno, erguida la cabeza, miraba con severo gesto el rostro siempre sonriente de su hija.

—Siéntate por ahí; tenemos que hablar—la dijo, señalándole un asiento al azar—. Bueno...

Aquí una pausa; y de pronto, don Anselmo, calándose sus espejuelos, preguntó gravemente:

—Dime, Rosario: ¿ese joven americano es tu novio, verdad?..

La intempestividad de esta pregunta ocasionó alguna turbación en la joven, que respondió balbuciendo:

—... ¿La verdad, papá?..

—¡Justo! La verdad es lo que necesito conocer... Yo no soy ningún extraño para tí; tengo un perfecto derecho a conocer tus pensamientos, a que me des cuenta de tus actos, para que mi amor y experiencia de padre puedan servirte de orientación. Ya ves que disculpo tu silencio, que no te reprocho el que nada me hayas dicho de tus relaciones con ese joven, y que ha sido preciso que yo me enterara de ello por gente ajena...

La señorita Rosario bajó tímidamente la mirada. Un vivo carmín coloreaba sus morenas mejillas. Pero guardaba silencio.

—Está bien—insistió don Anselmo, alzándose de su asiento—. Tu silencio es harto elocuente para que no comprenda la verdad de tales relaciones. Ahora bien; mi deber de padre y el gran cariño que te tengo, me obligan a decirte cosas algo desagradables acerca de tu «novio»... Esas relaciones, Rosario, deben terminarse forzosamente. Ese hombre no es digno de tí... Tú sabes que no es la ambición ni los honores lo que me impulsa a hablarte de este modo. Es únicamente mi justificado temor, y en esto creo que todos los padres procederían de igual forma. Me basta que un hombre honrado y trabajador sea de tu agrado, para que tengas mi consentimiento en el acto. No tengas cuidado que repare en lo más mínimo en su posición social, más o menos encumbrada y definida. A ciertas edades, el hombre aún no ha logrado concretar su situación; pero esto no es duradero. Nace el estímulo y todo, todo se define.. De modo que si en aquel momento no tiene fortuna, ya la labrará. Yo tengo gran fe en el esfuerzo del hombre, y prueba de ello es toda mi vida de trabajo, que ha sido la que nos ha dado este bienestar de que disfrutamos. ¿Qué tienes que oponer a mis palabras?... ¡Vamos, mujer, habla!..

La señorita Rosario, triste la mirada, guardó silencio algunos momentos. Una de esas habituales luchas entre la obediencia filial y los sentimientos, se desarrollaba en su espíritu. Trémula, respondió:

—No, papá... Seguramentne te han engañado... El es pobre, sí; pero es bueno y me quiere...

—¡Ah, ah!.. He aquí lo que para vosotras, las mujeres, constituye la suprema, la única razón. Pero no así para nosotros, los padres, que somos los responsables de vuestros momentáneos entusiasmos... «El me quiere»... Ello puede muy bien ser cierto; pero, dime: ¿no se te ha ocurrido pensar que no sea a tí a quien quiera, sino a tu dote?..

—¡Ah!—prorrumpió la señorita Rosario, herida en su orgullo—. ¡El es incapaz!..

—Hija mía; tu testimonio, en este caso, no puede por menos de ser un poquito parcial y hasta me atreveré a decir que interesado. Puede muy bien ser; lo repito. Pero yo nunca me hubiera atrevido a posar mi

mano sobre el florido campo de tus ilusiones, de no haberme informado antes de un modo concienzudo...

III

El joven abogado Florián Robles era hijo de una modesta familia de la clase media. Su padre, cajero de una importante casa bancaria de la Corte, unánimemente estimado por su honradez y bonhomía imponderables, murió de una afección pulmonar, cuando era más precisa su ayuda en la casa.

El joven Florián había terminado sus estudios de leyes al cumplir los veinteseis años, cuando hacía ya más de diez que quedara huérfano. A la sazón vivía en su anciana madre una vida modestísima, sostenida a fuerza de trabajos y todo linaje de privaciones. Era esa vida oscura, pródiga en penurias, esa llamada mesocracia rica en calladas miserias... Florián, inteligente y animoso, había conseguido llegar al fin de sus estudios de una forma satisfactoria, y en adelante se le ofrecía un brillante porvenir, en su carrera. Esta había sido hasta entonces su máxima ilusión, su sueño dorado, el fin de todas sus inquietudes de estudiante pobre: ser abogado. Pero después, cuando ya hubo terminado la carrera, de nuevo se encontró con las dificultades materiales para el ejercicio de su profesión. Siempre la falta de dinero.

Dada la amistad que desde hacía muchos años unía a su padre con don Anselmo de los Ríos, Florián era uno de los concurrentes a las reuniones del rico banquero, quien le distinguía con su cariño y amistad y que más de una vez le había brindado su apoyo.

Y cuando aquella mañana recibió el joven abogado la visita de don Anselmo de los Ríos, se quedó confuso ante la insólita distinción.

—Un asunto muy grave me trae a su casa, señor Robles—comenzó diciendo el anciano con apagada voz, llena de amargura—, muy grave... Necesito de toda su caballerosidad, amigo mío, para confiarle un secreto y hacerle una petición. Pero ante todo, le ruego considere que es un padre agobiado por el peso de un profundo dolor el que viene a solicitar su ayuda moral; no forme usted un mal juicio, aunque para ello haya motivos, sin haberme escuchado hasta el final... Créame usted; soy muy desgraciado, mi desgracia es inmensa...

—Espero impaciente que me honre con sus declaraciones; y tenga usted la absoluta certeza de que, no solamente me abstendré de formar juicios temerarios, sino que haré todo cuanto me sea posible para entibiar sus dolores—dijo el joven abogado, no sin cierta extrañeza, muy natural por otra parte.

—Pues bien—prosiguió don Anselmo, algo más alentado—; apelo a su caballerosidad y al recuerdo de la amistad que me unía con su padre, para exigirle una absoluta reserva acerca de mis palabras, tanto si usted las acata como si las rechaza. ¿Puedo confiar en ello?..

—¡Soy un caballero! Usted lo ha dicho...

—No lo dudo; pero, ¡es tan vergonzoso, tan lamentable lo que vengo a proponerle, amigo mío, que su indignación no podrá

contenerse!... ¡Ah, qué vergüenza, Dios mío!

—Le doy mi palabra de honor de que olvidaré sus palabras antes de que usted haya cruzado el dintel de esa puerta—exclamó el joven, extrañado, señalando la puerta de la estancia.

El anciano vaciló. Dura era la lucha que sostenía entre su egoísmo de padre y sus recias teorías sobre el honor... Por fin, dijo:

—Lo que yo quiero proponerle es lo siguiente: ¿quiere usted casarse con mi hija Rosario?..

El joven se alzó de su asiento sorprendido. No salía de su asombro. ¡Aquel anciano venía expresamente a su casa para pedirle que se casase con su hija, con una señorita riquísima, que había rechazado tantos y tan ventajosos partidos! ¿Sería posible que la señorita de los Ríos hubiese puesto los ojos en su humilde persona?... Y si era así, ¿qué podía haber en ello de vergonzoso?... Sí, claro: él era pobre...

Azorado respondió:

—¡La verdad!... ¡Es tan extraña su pregunta, tan sorprendente!.. Yo...

—Comprendo su sorpresa—dijo don Anselmo turbado—. Es justa. Usted sabe que el día que se case con mi hija llevará una crecida dote, ¿no es cierto?... Usted es pobre; ello no es ninguna ofensa. Pero usted, señor Florián, se maravilla de que yo venga a ofrecerle la mano de mi hija... Pues ya que es preciso, ¡perdón para este pobre viejo, perdón!.. Yo le contaré todo...

Y con voz llena de temblores, henchida de vergüenza, don Anselmo le dijo toda la verdad, toda la abominable verdad de su infinita desgracia...

—¡Ahora, arrójeme de su casa como a un perro, sí, arrójeme!.. ¡Es indigno lo que le propongo, es una venta! ¡Le sacrifico a mi tranquilidad personal, a mi orgullo de padre!.. ¡Ah, amigo mío, soy un miserable!..

El joven abogado se acercó al anciano, y tomándole una de sus temblonas manos, le dijo emocionado:

—No, caballero; no es usted un miserable... Es usted un padre, nada más que un padre...

Y con dulce entonación, Florián añadió:

—Su petición merece ser reflexionada... Yo le pido a usted un plazo de unas semanas, al final del cual le daré mi respuesta... Confíe en mi discreción, y deseche todo género de temores. Comprendo la inmensidad de su desgracia, aunque reconozca usted que es algo muy duro lo que me propone... ¿Sabe usted si su hija me aceptaría por esposo?..

—¡Oh, sí!.. Ella no tiene más remedio que aceptar el esposo que yo le designe: todo menos consentir en la unión con ese desalmado...

—¿Y ha reflexionado usted bien en las consecuencias de un matrimonio sin amor?..

—¡Oh, sí, sí!.. Comprendo, caballero, que...

—Bien—repuso Florián resueltamente.

—Yo le contestaré... mañana.

Se abrazaron, y momentos después salía don Anselmo de la casa del abogado.

Un débil rayo de tranquilidad bañaba

ahora el alma del buen anciano.
¿Sería aquella solución?..

IV

La ceremonia se celebró casi en secreto. Un reducido número de personas fueron testigos de la boda del abogado Florián Robles con la hija de don Anselmo de los Ríos.

Después de la ceremonia, mientras en el salón los escasos invitados festejaban el feliz acontecimiento, don Anselmo llamó a su despacho a su yerno.

El rostro del anciano rezumaba una honda satisfacción.

—Ahora, hijo mío, no me queda sino expresarte mi profunda gratitud por tu noble sacrificio. ¡Es tan hermoso lo que has hecho!.. Bien; con arreglo a las condiciones de nuestro pacto, vosotros viviréis solos en una casa que ya os tengo preparada desde hace tiempo, con toda suerte de comodidades. No se me oculta que mi hija se ha casado por pura fuerza, es decir, que no siente por ti sino una muy leve simpatía que no puede confundirse con el amor. Vuestra vida, Florián, quiero que sea cordial, muy unida... en apariencia... Nada de escándalos... Podrás recobrar tu libertad: de soltero, tu independencia... Es decir, que ante los ojos de la sociedad debéis ser un matrimonio perfecto. A tal fin, conviene que realicéis vuestro viaje de bodas: iréis a Milán, a Roma, a París, a donde mejor os parezca... Todos los gastos de vuestra vida corren de mi cuenta, y en cuanto a la dote de Rosario, antes de emprender vuestro viaje te haré entrega de ella... ¿Me comprendes?..

—Sí; le he comprendido perfectamente, don Anselmo. ¡Eso es imposible! ¡Yo no amo a su hija, y ella a mí tampoco! Nuestra vida será cordial; yo juro que jamás tendré a usted que arrepentirse de haberme la concedido por esposa. Yo la respetaré, y nadie podrá sospechar nunca la cruel verdad de nuestra unión, el abismo que nos separa a Rosario y a mí... Pero en cuanto a dinero, sepa que yo lo rechazo rotundamente... ¡Ni un céntimo! Yo me he casado con su hija por un sentimiento de hombre honrado... ¡No lo olvide usted!..

—¡Preo tú eres pobre!.. ¿Cómo podrás?.. —exclamó don Anselmo sorprendido.

—Sí, lo soy; por eso acepto su casa y el sostenimiento de ella, que yo no podría sostener como merece Rosario, y como está acostumbrada... Esto sólo transitoriamente... pero yo trabajaré y entonces seré yo, sólo yo quien mantenga mi casa...

El anciano don Anselmo abrazó con íntima efusión a su yerno, diciéndole:

—Eres un hombre honrado.

—Soy el marido de su hija—respondió Florián, estrechando las manos del viejo y saliendo del despacho.

V

La primera vez que se vieron Rosario y Florián se miraron con esa extrañeza singularísima de las personas que tienen y temen decirse ciertas cosas. Se sintieron extraños el uno frente al otro, ellos que iban a unir sus vidas para siempre.

Era el temor al juicio que cada uno de

ellos hubiese formado del otro, lo que hacía mirarse con honda prevención, como quien teme una acerba censura.

La nobleza de alma de Florián veía en la falta de Rosario una debilidad femenina. Sólo esto. Y en este caso, él no hacía sino cubrir con su nombre la mancha que había caído sobre el apellido de aquel buen anciano.

Francamente, él no amaba a la señorita Rosario; ésta jamás sería su esposa verdaderamente. La falta de ella se interpondría siempre como una sombra entre sus vidas. Vivirían juntos; es más, unidos... Ahora, que esta unión sería una ficción. Moralmente, sus vidas siempre estarían separadas... Aquello, a la postre, no era sino un pacto. ¿Reconoceremos un egoísmo en la conducta de Florián? No: egoísmo, ninguno. Al contrario: una nobleza y desinterés punto menos que inverosímiles. Pero, ¿no era egoísta su actitud frente a aquella mujer, que había vinculado a su nombre, al permanecer indiferente a la carencia de afectos por parte de ella?..

Sin duda: en toda acción humana, por sublime que sea, entra siempre una pequeña parte de egoísmo.

En cuanto a Rosario, la cosa era diferente, muy diferente. Al principio, sintió repulsión hacia aquel hombre sin honor que, no sintiendo nada por ella, consentía en unirse y en darle su nombre, sólo por un puñado de pesetas...

Después, descubrió en él dignidad, una dignidad de que le creía carente, cortesía, nobleza, y sus sentimientos sufrieron un pequeño cambio. Sin embargo, persistía aquel sordo rencor hacia el «hombre sin escrúpulos», como ella le llamaba...

Se casaron. Y ya de vuelta a Madrid, e instalados en la casa que el padre había adquirido y amueblado en el barrio de Salamanca, Florián y Rosario, que durante el mes y medio del viaje de novios apenas si habían hecho otra cosa que darse los buenos días de un modo entre ceremonial, discreto y cordial, hablaron de sus vidas de un modo franco, sincero...

Fue una especie de explicación que ambos deseaban, y que serviría para marcar y definir el rumbo de sus respectivas existencias.

—Ahora que ya estamos en nuestra casa, será preciso que hablemos como lo que realmente somos: como dos buenos amigos, ¿no le parece a usted, señora?..—dijo Florián, de pie ante Rosario, fumando un pitillo, y prosiguió:—¿Qué concepto tiene usted formado de mí?..

—¿Cómo!.. ¿Qué concepto?.. ¡Ah, no he pensado en ello!—respondió confusa.

—¿Es posible?.. Bien. Usted censurará duramente mi conducta. Estoy seguro de ello. Me llamará usted egoísta, calculador y cien mil cosas más... Es conveniente, por tanto, para la tranquilidad de nuestro hogar—que no quiero ver oscurecida por nubes de ningún género—que le advierta que sólo un sentimiento de profunda amistad y un deber de hombre honrado me ha impulsado a unirme con usted, no la vulgar codicia, como pudo usted suponer en un principio. Por lo demás... seremos buenos amigos, que es todo lo que podemos ser...

—Eso me parece muy razonable, y desde ahora le aseguro, caballero, que tiene usted toda mi estima y consideración, aun cuando confieso que al principio no dejé de parecerme algo rara su conducta...

—¡Oh, sí; muy singular!..

Ambos guardaron silencio. Se habían comprendido.

Aquella tarde, cuando don Anselmo fue a visitar al matrimonio, como solía hacerlo muchas tardes, aprovechó un momento para preguntarle a Florián:

—¡Eh, qué tal!.. ¿Qué te parece Rosario?..

—Desde luego, muy discreta...—respondió Florián indiferente.

Momentos más tarde, el buen padre, besando la frente de su hija, le hacía una pregunta semejante:

—Dime, Rosario: ¿qué te parece tu marido?..

—¡Oh, desde luego me parece muy correcto!..

VI

—¿Que Florián ha salido?..—preguntó aquella tarde don Anselmo a su hija, después de besarla en la frente. Don Anselmo habíase hecho asiduo contortulio de los esposos, donde se encontraba muy a gusto.

—Sí; salió después de comer. Tenía mucha prisa, según me ha dicho la doncella... ¡Como él come siempre en su cuarto, yo apenas si le veo!..—respondió Rosario con gesto indiferente.

—¿Trabaja mucho tu marido, verdad?

—¡Oh, sí; mucho! Desde que inauguró el bufete se levanta a las ocho: desayuna, y a las nueve sale para volver a las dos o las tres de la tarde. Y después de comer, salvo algunas que se queda estudiando en su cuarto sale también... ¡Trabaja demasiado!..

—¡Vaya, vaya, qué hombre más singular! —exclamó don Anselmo, entre preocupado y contento—. ¿Querrás creer que aun no he podido conseguir que acepte un céntimo mío? Mira: el mismo día de vuestro enlace, yo, que también era de los que creía firmemente que Florián se casaba contigo por mi dinero, le ofrecí tu dote... Has de saber que la rechazó con indignación... Más tarde, con mil motivos, he procurado hacerle aceptar dinero. Siempre, poniéndose repentinamente serio, él que es tan afable, me ha respondido: «No, don Anselmo, no me hace falta». ¡Nada, que no hubo manera!.. Hace algunos meses, pensé en confiar a alguien la administración de mis negocios y bienes, para poderme retirar confiado a una quietud que necesito. Se lo propuse y aceptó. Pues bien, ¡pásmate!.. No sólo no ha aceptado un céntimo mío, sino que, desde que me administra mi dinero he notado cierta prosperidad en mis negocios, que no puede atribuirse a otra cosa que a su actividad y pericia.

En tales circunstancias, aun no hace dos meses que decidí asociarle a mis asuntos con notable beneficio por su parte. Por más que traté de encubrir muy diestramente este modo indirecto de darle algún dinero, él lo notó inmediatamente, y poniéndose pálido, me dijo: «No, don Anselmo. Prefiero que usted me asigne un sueldo, a mi

cargo de administrador... ¡Fracasé!.. ¡Es un trabajador incansable!..

—En efecto—respondió Rosario con una extraña entonación de voz—. ¡Debe ganar mucho dinero con sus asuntos!.. ¡Está tan espléndido!..

—¿Pues?..

—Digo yo... Anoche, cuando entré en mi cuarto, vi sobre la mesilla de noche un estuche de terciopelo granate... Era un collar de perlas muy finas, que lo menos le habrá costado tres o cuatro mil pesetas..

—¡Hola, hola!..—exclamó don Anselmo regocijado, dando grandes chupadas a su acostumbrado veguero—. ¡Con que un collar de perlas?... ¡Bien, bien!.. ¿Y tú qué le has dicho?..

—Yo... nada. Le dí las gracias..

—¿Y él?..

—Nada... tampoco dijo nada. Sonrió muy seriamente..

Don Anselmo se levantó de su asiento, y empezó a dar grandes pasos por la estancia, lanzando grandes bocanadas de humo, y con las manos enlazadas sobre su abultado abdomen.

De pronto, se detuvo y mirando fijamente a su hija le preguntó confidencial:

—Oye, Rosarillo... ¿Y del «otro», qué? ¿Le sigues queriendo?..

Rosario se puso densamente pálida y levemente contestó:

—¡Papá, te lo ruego!.. ¡No me hables del «otro»!.. ¡Aquello pasó... y no ha de volver!..

—Bien, hija mía.

Nuevos paseos por la estancia, y de pronto don Anselmo con la faz sonriente besó a su hija y le dice con alegre entonación:

—Bueno, me voy. Dile a tu marido que estoy muy contento de su laboriosidad y... ¡hasta mañana, que vendré a veros!..

VII

Cuando Felipe, el criado de don Anselmo, le avisó la visita de su hija aquella mañana, no pudo por menos que alarmarse. ¿Qué habría pasado?..

Salió al salón, donde encontró a Rosario con el semblante compungido.

Al verle se echó en sus brazos, llorando a más no poder y diciéndole:

—¡Oh, papá, papá! ¡Soy muy desgraciada!..

Al principio, el bondadoso padre se inmutó; pero recobrando su firmeza y barruntando de lo que se trataba, calmó dulcemente a su hija.

—¡Vamos, mujer, cálmate!.. ¿Qué te ha pasado? ¿Algún pequeño disgusto doméstico? ¡Bah!.. ¡Nubes de verano!.. Vámonos a ver: sosiégate, y dime lo que te ha pasado.

Y fué entonces cuando el anciano quedó pasmado de sorpresa al escuchar de la boca de su hija la siguiente confesión:

—¡Oh, papá! ¡Hace ya tanto tiempo que sufro en silencio! ¡Es él, él, quien me hace sufrir.

—¿Quién, tu marido?—preguntó el buen viejo.

—¡Sí! ¡Eh! ¡Mi marido!..

¡Pero! ¿Tan ciego está que no comprendido que le amo?... ¡Ah, es... es... desgraciada de las mujeres!..

(Prohibida la reproducción)

GENIOS Y FIGURAS

El honrado coleccionista de billetes

Por SANTIAGO ESPINEL

La otra tarde me encontré con un antiguo compañero de mi abuelo. Se trata de un vejete escuálido que viste como un pordiosero y vive de cualquier modo en un quinto piso de una de las cincuenta casas de su propiedad.

Eran las seis de la tarde. El anciano iba por una calle céntrica y andaba pegado a la pared con evidente intención de pasar inadvertido entre el gran tráfico urbano que se hace más intenso al iniciarse la magnífica hora crepuscular.

Al verme, pretendió hacerse distraído deteniéndose ante el escaparate deslumbrante de una lujosa joyería. A pesar de su acentuada esquizofrenia, decidí abordarle:

—¡Caramba!... ¿Usted por aquí?... ¡Cuánto tiempo sin verle!... ¿Qué es de su vida?

—¡Qué ha de ser, muchacho!... ¡Lo de siempre! Voy a acostarme.

—¿A las seis de la tarde?

—¡Qué quieres!... Me hace daño el relente.

—¿Hay relente en su casa?

—No. Pero... la luz artificial me daña la vista.

—Y el recibo de la luz, el bolsillo. ¿Acierto?

—No digo que no. ¡Chico!... La vida se pone imposible. La electricidad está carísima.

—¿Y qué significa eso para usted, tan rico?

—¿Tú también?... ¡Vamos!... no tenéis idea del valor del dinero. Hay que ahorrar, hay que ahorrar...

—Para la vejez, ¿no?

—¿Te burlas?... Pues sí; hay que ahorrar para la vejez. Hay que guardarse una manzana para la sed.

—¿Y si se le pudre la manzana?...

—El dinero se conserva intacto.

—¡Lástima de dinero!... ¿De qué le sirve a usted almacenarlo?... Sus láminas, billetes, onzas y duros, ¿qué valor representan al dejar de circular?

—Mira, me proporcionan una gran tranquilidad de espíritu. Me aterra la idea de quedarme pobre.

—Lo que es por ese camino!... Vamos a ver, ¿en qué emplea usted el día?... ¿Qué ha hecho usted hoy?

—No quiero ocultartelo. Mi vida es un espejo, por la mañana muy temprano, he ido a misa. Luego he tomado mi chocolate. Y, repasando cuentas y contando dinero, llegué a medio día. Un almuerzo frugal...

—¡Me lo figuro!... No: no hace falta que me lo describa.

—Y luego... ¡a la Bolsa!

—¿A hacer su negocio?

—Sí. No va del todo mal.

—Lo creo.

—Ahora acabo de salir del Banco y me voy...

—A casa. ¿Te lo ha dicho usted.

—Pero antes voy a comprarme un bollo.

—¿La cena?

—La cena. A mi edad...

—¡Pero si usted se ha pasado así toda la vida! Usted es un muerto.

—¡Qué cosas tienes chiquillo!

—Un muerto. Porque el día que usted se muera no se dará cuenta del cambio, se encontrará usted en el infierno...

—¿En el infierno?

—Sí y en un rincón del infierno, abandonado, triste, sólo, sin diablos que le hagan cosquillas con el tridente; pero también sin pecadoras que le hagan más llevadera su aburridísima eternidad.

—Eres un loco como tu abuelo!

—Le condenarán a usted a jugar eternamente al solitario con sus billetes de Banco. ¡Como ahora!... Lo mismo que ahora, por eso le decía que no ha de notar el cambio.

—¿Tiene gracia!... ¡Tiene gracia!

—No; si lo digo completamente en serio. Es una convicción mía arraigadísima. ¿Usted lee periódicos?

—Son muy embusteros.

—Y cuestan diez céntimos cada uno.

—Cuando quiero mirar las cotizaciones, el carbonero de la esquina me presta el suyo.

—¿Entonces no habrá usted leído lo de la extraña manía de Mr. Jatling?

—No sé de qué me hablas.

—Ese señor Jatling es un ciudadano inglés que tiene la manía del coleccionismo.

—Siempre me ha parecido una idiotez.

—¡Pero si hace lo que usted!

—No te entiendo, chico. En mi vida se me ocurrió coleccionar nada. Ni sellos, ni pipas, ni jarros, ni cromos...

—¿Ni monedas?

—¡Qué cosas tienes!... Monedas, lo que se dice monedas antiguas, en el sentido en que lo toman los numismáticos, te juro que no.

—¿Y modernas?... ¿Me negará acaso que sea usted el más formidable coleccionista de monedas modernas y de billetes de Banco.

—Sí... bien... pero...

—¡No valen excusas!... Usted es un coleccionista. Las gentes le llaman avaro, tacaño, roñoso... No. Usted no es más que un coleccionista. ¿Ve usted cómo el nieto de su amigo le quiere bien?... Es la teoría del punto de vista. ¡Oh!... ¡Un gran descubrimiento de los filósofos de nuestro tiempo! Le brindo a usted, gratuitamente, la aplicación de esta teoría a su caso particular.

—¡Eres el diablo!

—Un pobre diablo, ¿no?... Pues, sí. Gracias a mi teoría puede usted salir al paso de los maldicientes. Ahí tiene usted a ese Jatling que acaba de asombrar con su ocurrencia a los filatélicos, a los numismáticos y a todos los coleccionistas del orbe. El señor Jatling es el primer coleccionista de billetes de Banco. Así lo ha proclamado la Prensa mundial. A mi modo de ver, con evidente injusticia. Porque nadie me negará que usted y todas las personas que como usted piensan y obran son tan coleccionistas como el inglés famoso. ¡Nada de avaros, aquí!... ¡Coleccionistas!... ¡Todos coleccionistas!... Y usted el primero. Con la

diferencia de que el señor Jatling colecciona indistintamente toda clase de billetes, sin reparar en si la moneda es o no depreciada. Su magnífica colección contiene billetes de Banco de todos los países. ¡Oh, los espléndidos dibujos de la colección!... Los hay para todos los gustos. ¡Qué grabados!... ¡Qué tintas!... Un primor. Un verdadero primor. Porque ya sabe usted el cuidado que los Gobiernos ponen en cada edición procurando que, a pesar de la gran tirada, las láminas resulten una cosa perfecta. ¡Y lo celosos que suelen estar de sus originales!... Hasta el punto, como usted no ignora, de perseguir implacablemente a los beneméritos artistas que se esfuerzan en imitarlos. Ante un Goya o un Rubens se suscitan siempre discusiones. Nunca se llega a poder afirmar de modo rotundo su autenticidad. Los técnicos dicen: «Sí, parece un Goya... Debe de ser obra de sus discípulos. Si no es auténtico lo parece. ¡Oh!... El que pintaba así no era un pelagatos. El cuadro tiene mérito». En cambio, los pobres falsificadores de billetes de Banco no tienen quien les defienda, ni hay crítico de arte, ni técnico que elogie sus difíciles obras primorosas. ¡Ventajas que tienen ustedes los coleccionistas de billetes!... Porque los de usted serán auténticos, ¿verdad?

—¡Todos!... A mí no hay quien me dé un billete falso.

—Lo que no me explico es esa afición que muestra usted por las pequeñas láminas en que se reproduce el Palacio Real de Madrid...

—Es que...

—No. Sé lo que va usted a decirme. Se trata de una maravilla arquitectónica. ¡Ya decía mi abuelo que el arte arquitectónico le tenía a usted loco!...

—Oye, ¿decía eso?

—Me lo figuro. ¿Qué prueba más palpable se puede desear?... Usted no es un avaro.

—¿No?...

—¡No, señor!... Usted es un coleccionista. Un grandísimo coleccionista. Y un numismático de primer orden.

—Oye, ¿sabes que no había reparado en ello?

—Es que los hay que escriben en prosa sin saberlo.

Nos despedimos. El viejo se hundió el hongo raído hasta las orejas, se levantó el mugriento cuello del gabán y, frotándose las manos de gusto, entró en la pastelería a comprar su bollo de 0'25 que, por ser cliente antiguo y por creerle un necesitado, le hacían la caridad de dárselo por 0'15.

Los avaros que lean esta narración, es que el tendero de su calle les dé el periódico—pueden ahorrarse las gracias. Por mí pueden llamarlos en adelante «coleccionistas» que no he sacado patente de

La Justicia Pequeñita

Por DOMINGO DE FUENMAYOR

Con la colilla de un habano fastuoso que acababa de consumir, Casimiro Cortázar encendió un cigarrillo oriental y pronunció, tras la primera cuidadosa aspiración de humo aromático, esta sentencia:

—Bah, sin duda se trata de carne de caballo.

Casimiro Cortázar, gerente del «Hotel Mundial Metropól», en Gansilandia, estaba solo en su fantástico despacho, bien retrepado en una butaca de mil duros. Una butaca que era un sibaritismo de comodidad.

En tal ambiente de optimismo, no es raro que nuestro hombre insistiera en su punto de vista:

—Tal vez se trate del desecho de la plaza de toros.

Y bien es verdad que no podría tener otra más limpia procedencia la carne ofrecida hacía unos minutos a un precio irrisorio por cierto barrigudo contratista, con más la prima de una peseta por quilo para premiar la oficiosidad del gerente expetísimo.

Expertísimo también su olfato, llególe un ligerísimo aroma a guisos, que le obligó a encenderse de indignación, bien presto transmitida por teléfono al jefe de cocina.

Un gran hotel que oliese a comida ahuyentaba a la clientela de primera categoría, bien lejanos como estaban los modernos hoteles mundanos de aquellas ventas de pasados tiempos, cuyo reclamo era el perfume aperitivo de sus cocinas.

Transmitidas las órdenes que conservaban el prestigio de la casa, Casimiro puso a calcular los beneficios que habría de proporcionarle su último negocio, el resultado de cuyo examen le hizo casi pronunciar:

—Pesetilla por quilo. Mis quince duros diarios que se me entran por las puertas.

En la del despacho sonaron unos golpes y se oyó una voz que desde fuera so-

de?

—concedió el magnate y... un menudo hombre-

cito viejo, acompañado de un muchacho simpático y esbelto.

—¿Qué hay, Aceval?

Aun no dirigida a él la pregunta, el hombre joven creyóse en la oportuna precisión de doblar rendidamente el espinazo.

Santiago Aceval, honorable jefe de contabilidad de la sucursal en Gansilandia del «Hotel Mundial Metropól», contestó solícito:

—El señor, viajante de la máquina para escribir «Invicta», viene a ofrecernos un par de ellas a precios verdaderamente excepcionales. Una ganga en toda la extensión de la palabra, que sería lástima dejásemos escapar.

El viajante, tras una serie de siete rotundas genuflexiones, comenzó a espetar su discurso:

—Una verdadera maravilla mecánica, señor. El carro corre sobre bolas de acero; tabulador de doble tracción; cambio de cinta por medio de un pedal...; palancas de una sola pieza...

—Bien, bien—atajó el rey de los gerentes—; le autorizo a usted, querido Aceval, para que adquiera esas dos máquinas maravillosas, que al fin van viento en popa los negocios de la casa.

El viajante rozó entonces con la frente el lujoso «parquet», a tiempo que pensaba con regocijo su recomendante:

—¡Menudos cuarenta durazos acaban de caer!

Por este motivo, todas y cada una de las ruedecitas que movían la complicada maquinaria del «Hotel Mundial Metropól», en Gansilandia, estaban satisfechas de su destino. El engranaje, en masa, sabía lubricarse con ingresos «extra», ingeniosísimos algunos de ellos.

Desde el peluquero, que, para los fines administrativos, nunca llegó a afeitarse en un mismo día a diez clientes, hasta el último pinche de cocina, cada cual en su esfera hacía su agosto.

Si bien el agosto del último pinche de cocina era bien escaso, limitado tan sólo a sustraer diariamente un puñadito de piñones, que, al final de cada mes cambiaba por un puñadito de calderilla en los almacenes de comestibles del propio Hotel.

Pero he aquí que este ópimo bien común, apercibido en la casa matriz, tuvo al fin su límite. Y un buen día, un mal día, mejor, llegó a la sucursal de Gansilandia un inspector, dispuesto a poner las cosas en su puesto, y en la cárcel a las personas que lo merecieran.

Realmente, jamás hasta entonces se desarrolló en la casa mayor actividad, ni el dinero llegó tan íntegro a la caja social. Diríase que sobre las conciencias—aquellas conciencias tan manchadas de feísimos delitos—se había vertido un bálsamo de purificación.

Solamente el último pinche de cocina, cotidianamente, torpemente, continuaba robando su puñadito de piñones, que cada treinta días habría de valerle un puñadito de calderilla.

Pero tan ducho era el inspector llegado de la sede social, tales sus ansias moralizadoras, que un buen día, un mal día, fué descubierto el abominable robo de los piñones, y el pinche monstruoso dió con sus huesos y con sus faltas en la mismísima cárcel del partido. Y en la mismísima cárcel, colgándose de una viga por el cuello, dió fin a su vida pecadora.

Bien es verdad que Casimiro Cortázar, Santiago Aceval, y el peluquero y el masajista y la encargada de los baños continuaban tan orondos en sus puestos, pero la justicia estaba hecha.

Una justicia, acaso, demasiado...ta. Pero que podía bien llenar una página de la historia de Gansilandia.

LA SEGUNDA EXPEDICION DE CATALANES A ORIENTE

Por CASIMIRO GIRALT

XV

¿Se ha perdido un bailarín?

«Mujeres y Flores de España» habían terminado su actuación en Alejandría. El éxito, hasta la última representación, había sido rotundo. El favor del público, constante. Partíamos sintiendo de antemano la nostalgia que había de invadirnos más tarde, con el recuerdo de aquella ciudad amable y luminosa cual ninguna otra de Egipto.

El tren que iba a conducirnos a Fort-Said, salía a las siete de la mañana. En los cristales de las ventanillas de un vagón de segunda clase, se veía el siguiente rótulo: «Femmes et Fleurs d'Espagne-Reservé, y frente al coche o en el interior del mismo, esperaban ya casi todos los artistas de la compañía.

Faltaba media hora para la partida. Aquellas mujercitas españolas de ojos somnolientos por la falta de costumbre de madrugar, de la marchitas y rostro pálido, que en balde en conato de maquillaje a toda prisa, se esforzaba en disimular, no parecían ser las mismas que horas atrás, en la función de despedida, habían reinado sobre la escena, aclamadas por el público, opulentas de belleza, de juventud y de alegría.

Ciertas señales inconfundibles para el observador inteligente, pero invisibles a los ojos de la mayoría de las gentes, descubren en la mujer, sin engaño ni vacilación: una noche de amor, una noche de insomnio o una noche simplemente pasada en vela.

Un destello febril en los ojos y unas casi imperceptibles huellas en las mejillas, revelan a las claras lo que probablemente la mujer nunca llegaría a descubrir. Las manos, sobre todo—, manos pálidas de fatiga; manos lívidas y temblorosas, de nerviosidad; manos como de muerto, de «tenuamiento», no engañan jamás. El observador sabe, perfectamente, a que atenderse...

Acababan de llegar las «etoiles», precedidas y seguidas de criados con maletines, bolsos, cestas, maletas, cajas de bombones, flores, y mantas y pieles, como si fuésemos a partir para una expedición al mar. Su aparición, siempre a última hora, con peligro de perder el tren, era cosa obligada. Una «etoile» no se perdona jamás que puedan confundirse con sus compañeras más modestas. Una «etoile» es una «etoile»: cuando se vive en las alturas se tarda más en llegar.

El barítono, con su formidable colección de pieles, aparecía también en el andén. Se me acercó suduroso, jadeante, para disculparse del retraso.

Se había retrasado... por lo que se trata siempre un barítono, cuando es joven y es galante. En aquella ocasión, no obstante, partía con el corazón traspasado. Dejaba allí lo mejor de su vida, su verdadero y único amor...

—Pero, volveré—, me dijo con orgullo—. Volveré en cuanto termine el contrato. Esta mujer me tiene loco. Compromiso que no podría vivir sin ella...

Sonreí ligeramente. Eran sus protestas

amorosas de siempre, sus juramentos de cada pueblo. El barítono, a poder ser, debería exigir de las empresas, a la partida de cada población, un billete de ida y vuelta...

Faltaban dos minutos para la salida del tren. Silbaba, estridente, la locomotora. Los vendedores árabes, en legión, voceaban a grito pelado sus mercancías. Las mujercitas españolas comenzaron, entonces, a despertar de su silencio. Como bandada de pájaros corrían por el andén, comprando flores y golosinas, y se precipitaban, después, atropelladamente, en sus departamentos. Dos jovencitas bailarinas despedían a su novio de unos días, derramando copioso llanto. Sus lágrimas ya no volverían a surcar sus mejillas hasta una nueva partida, despidiendo a un nuevo novio de otros nuevos días.—¡Las pobrecitas eran tan tiernas!...

—¡El bailarín! ¡Qué falta el bailarín!

La noticia corrió por nosotros como un reguero de pólvora. Todas las miradas se clavaron ansiosamente en la puerta que daba acceso a los andenes, un pasajero rezagado corría atropelladamente hasta montar en el tren. No era él. Rasgó de nuevo el aire el silbido de la locomotora. Se estremeció el convoy con estrépito, como un monstruo encadenado que rompiese sus ligaduras. Y se cesizó el tren sobre los rieles bruñidos, lento al principio; vertiginoso, después.

Los artistas se miraban unos a otros con cierto susto. ¡Habíamos perdido un compañero! Con la indignación, más tarde, vino el sentido de la disciplina.

—¡Cómo no se le ocurra al poeta ese, que estará durmiendo como una mona, venir en el primer tren! ¡Qué compromiso, señor! ¡Qué escándalo! ¡Y pensar que debutamos esta noche!

Efectivamente, el debut en Fort-Said estaba anunciado para aquel día. ¿Nos veríamos obligados a aplazarlo para el día siguiente? La parte del bailarín en la obra era imposible suprimirla y lo difícil de su trabajo hacía imposible pensar en toda substitución.

¿Qué hacer?

A los pocos momentos me tranquilizó. El bailarín aparecía a tiempo. Existe una Providencia especial para el teatro. En un día de estreno o de debut corren a lo mejor todos los contratiempos imaginables. Falta todo. Nada está en su sitio. El autor se tira del pelo con desesperación. El empresario empuña la pistola empujando una postura de mártir para el suicidio. Llegan a él las noticias más absurdas. El pintor sólo ha traído unas piezas del decorado. Falta todo el vestuario que se había caído en la necesidad de un espectáculo.

La tiple está enferma. El tenor no puede con un catarro que le ha dejado repentinamente sin voz. Faltan montar algunos números de conjunto. El copista no ha traído el material de los dos números finales del tercer acto.

Todo esto ocurre a las ocho de la noche, es decir dos horas antes de la catástrofe. Pero la hecatombe, que todo el mundo creía irremediable, no llega. Cinco minutos antes de levantar el telón, todo está en su

sitio. La Providencia ha realizado el milagro. El decorado, montado, los trajes, aunque prendidos con alfileres, vestidos ya por los artistas. La tiple, en su camerino, aplicándose el último emplasto y el tenor, después de la última vaporización, pasea por el fondo del escenario, balando como un cordero lastimado.

Lo dicho; no faltaría el bailarín. Cudirá a tiempo, contando la más fantástica de las aventuras. Un secuestro, una alejandrina enamorada de sus pedazos, degollada por su amo y señor, un bey irascible y celoso como un tigre; un desafío a todo correr... de sus piernas de gamo. Cualquier cosa complicada y absurda, hija de su imaginación de gitanillo pintoresco, mal avenido con la sencillez y la verdad.

Nuestro gitanillo era, indudablemente, un hombre extraordinario, como la mayoría de los que a conciencia practican su arte. La vida, como el amor, hay quien se la toma en drama, en comedia o en vodevil.

Tomársela, por ejemplo, en un cotillón, es adoptar una original filosofía. Nuestro bailarín era, por supuesto, un filósofo.

Pasar por este valle de lágrimas punteando un minuto, taconándose una farruca o dislocándose el cuerpo con un charlestón, representa huir de la vulgaridad. Indudablemente un hombre que se pase la vida bailando, ha de ser un hombre extraordinario.

Y nuestro simpático gitanillo bailarín, nacía algo más que bailar. Su vida era una cátedra de baile y de la educación de la pierna o de la gentileza del pie había hecho cosas trascendentales.

El ignoraría, seguramente, que existen cerebros con meninges duras como suela de zapato y piernas dignas de terminar en pezuña. El, desconocía, seguramente, que se camina con educación y se que camina con patas; que un salón no debe pisarse como la platea de un teatro o las leonas de una Catedral y que hay figuras y maneras que reclaman el frac o el smoking y otras que rechazan todo indumento y recuerdan las plumas de la tribu.

El no sabía nada de esto, pero su maravilloso instinto le había llevado a adivinarlo, impedido al tiempo por una afición loca por el baile.

Un hombre que baila en la calle, en la mesa, en la cama, en donde quiera que esté aunque sólo sea con los dedos de la mano, la punta del pie o con el pensamiento no menos bailarín que las piernas, no podía faltar aquella noche a bailar sobre el escenario.

Sería el primer caso. Jamás bailarín alguno ha dejado de bailar en un momento obligado. Si ese trabajo no fuese retribuido, bailarían también. El bailarín con alma y piernas de tal, no deja de bailar hasta que la muerte paraliza su cuerpo.

Y nuestro gitanillo era todo un perfecto bailarín. En el caso increíble, extraordinario, de que se acabase a reunir con nosotros. Cabría sospechar que algo malo le había ocurrido. Y sería, entonces, cuestión de poner un anuncio en los periódicos importantes:

Se ha perdido un bailarín...

ESPAÑA ADELANTE

Vanagloria del pasado

Por LUIS BELLO

Cualquier viaje por España nos lleva a ciudades, villas o aldeas, llenas de reliquias del pasado, abrumadas por su historia; y, en el fondo, orgullosas de haber sido grandes, aunque el destino las haya traído a miserable disminución. Suelen tener esos pueblos, grandes o chicos, escondidos o ilustres, su investigador, su arqueólogo, su cronista. Pero no son éstos quienes mayor contento demuestran por haber nacido en país de alta y magnífica prosapia, sino, más bien, los incapaces de comprender el valor de las culturas muertas. Para cuantos aman la Historia de verdad y sienten el lazo que nos une con el pasado, es triste ver la decadencia de pueblos que fueron fuertes. Todo testimonio de arte, todo monumento glorioso, revela un exceso de energía, y el erudito que al mismo tiempo es ciudadano, lamenta presenciar la ruina de su propia tierra; siente vivir en una época débil.

Por Castilla, por Andalucía, por Cataluña, encuentro pueblos cansados que apenas tienen razón de ser y que están llenos de magníficas memorias. Ambrosio de Morales hizo el viaje de España por encargo de Felipe II, y fué éste un viaje sagrado, en el que sólo persiguió reliquias de santos, enterramientos reales y libros antiguos de mérito excepcional. Hoy, un viaje serio, tendría también ese carácter religioso y sería preciso incluir en él relación de infinitas reliquias y enterramientos, que no son de santos ni de reyes. Cada pueblo es relicario de su pasado. A veces, los huesos andan dispersos y es imposible reconstruir una imagen aproximada del ayer. A veces, lo más piadoso sería acabar de reducirlo a polvo.

Pero es frecuente oír en viejas ciudades o aldeas llenas de ruinas, vanagloria de la grandeza pretérita que, en el repertorio sentimental de sus actuales moradores

es como un título de orgullo. Pocas vanidades me parecen tan pueriles como ésta; y si hablo de ella es porque no la considero inofensiva, como otras graciosas vanidades que a nadie perjudican. El mal que causa es el dar excesivo valor a la parte que puede tocarnos a nosotros en hazañas realizadas por nuestros antepasados. Esta ponderación de triunfos y de glorias de antaño, autoriza en cierto modo a no ambicionar nada para el presente. A la cuenta, de cada vecino de 1926 ponemos el haber de los vecinos de veinte siglos y aún vamos todavía más allá, puesto que puede hacerse nacionalismo, regionalismo y localismo, fundándose en las maravillas del arte rupestre y entroncando con los habitantes de la cueva de Altamira.

Imaginemos una de estas ciudades venerables donde fueron dejando rastro, una tras otra, las grandes civilizaciones invasoras: fenicios, griegos, romanos, godos, francos, árabes... Águilas austriacas, lises borbónicas con el perfume pompeyano traído de Madrid por la Corte de Nápoles, coexisten en las mismas plazas. En ocasiones, ha sido necesario destruir hasta las paredes de una ciudad íbera para edificar una ciudad romana. Hoy aparecen huellas de las dos culturas en las excavaciones de Garraf; y, todavía, bajo las dos Numancias, asoma otra, prehistórica. Todas vinieron a ese suelo duro y frío desde otras tierras ¿Cuál nació allí? ¿Cuál puede considerarse verdaderamente autóctona?

Pero en la mayoría de los casos no han desaparecido, arrastradas, quemadas, sepultadas, las construcciones anteriores. Una de estas ciudades es un museo de los siglos. Al pasar ahora por Barcelona he sabido que entre los preparativos de la gran Exposición del año 29 figura la de un pueblo español; un pueblo con historia—según el ritmo de la historia de España—en el

que subsisten elementos de diversas épocas, unidos por lo único nacional que le sirve de fondo: el carácter. Gran idea; que, además, estará servida por un artista competente y entusiasta. Todos los pueblos de España tendrán algo que aprender viéndose reproducidos, siquiera en una arista, en una faceta. Para mí lo interesante de esa creación será el acierto en la elección de motivos comunes a todos los pueblos españoles, según los climas, así como el ensamblaje que llegue a darles personalidad. Y en las ciudades, villas y aldeas que visito—reales y no fingidas por el arte—lo interesante es lo que hayan aprendido de las civilizaciones que habitaron en ellas.

Que haya ruinas de un templo fenicio, columnas griegas, termas romanas, murallas moras y monumentos duraderos con aspiración de eternidad, sólo quiere decir que por allí pasaron razas fuertes. La vanagloria del pasado deberían sentirla los pueblos fundadores, no los pueblos fundados. Estos apenas pusieron nada, sino la cera maleable para dejarse conformar. Alguna vez, caminando por el agro castellano o por la montaña catalana, por las dehesas de Extremadura o por las playas levantinas, llegamos a un lugar que en vano trataron de sostener con grandeza las civilizaciones pasajeras. Comprendo la elegía. Estas Itálicas menos ilustres pueden tener un poeta que medite sobre las ruinas y unos betuneros que sirvan de guías al turista. Lo extraño es que, a cuenta de espelargos romanos, godos y árabes, se envanezcan los propietarios de tantos garbanzales que cubren hoy los cimientos de palacios derruidos y obras de arte como los mosaicos de Rielves.

Dos cosas pueden justificar la vanagloria del pasado. La primera, estimarlo en todo lo que vale, conservándolo y estudiándolo de manera que sirva de ejemplo a las generaciones. La segunda, haber sabido sacar de él toda la savia vital, sin enterrar más que los muertos.